

IMPRESIONES

(CRÓNICAS DE JUVENTUD)

Tarde espléndida, aunque algo calurosa; corre una ligera brisa que refresca el ambiente sofocante.

Heme aquí, en medio del campo, familiarizada con él. Contemplando el arrebatador aspecto campestre, me digo:

—«No comprendo como los hombres, que buscan, insaciables, gozos y placer, no acuden al campo, que es donde pueden proporcionárselo en la mayor medida. Ponen su apego en la materia, en el vil barro, cuando con el espíritu se goza de manera más sana, más pura, más sobrenatural. ¡Insensato! ¿Por qué el campo no les suministra deleite? No lo sé. De mí sé decir que no hallaré placer mayor, ni recreo más intenso, que el que siento cuando me encuentro en la aldea, lejos del holgorio del mundo; en medio de esta divina soledad.

Sigo caminando con lentitud, para saborear detenidamente el placer que me ofrecen las perspectivas bellísimas de la Suiza española.

Lo que siento en mí no podré explicarlo si no de manera burda e inexpresiva. Solo sé que quisiera tener alas y volar sobre los ámbitos terrestres, para pregonar la dulzura y primor de la sin par región gallega.

¡Qué hermoso aspecto ofrecen las casitas aldeanas; la iglesia milenaria; los campos de maizales, verdes y altivos; las eras, que han, puesto cerco al típico hórreo! ¡Y qué poéticas son las gallegas romerías, las canciones, llenas unas de amor al terruño, y otras de dulces añoranzas; los vistosos trajes regionales; la gaita que umbrosa, como el alma gallega, y, sobre todo, la cadenciosa lengua del «fogar de Breogán»!...

¿Y aún habrá quien mire con indiferencia a esta tierra donde todo es dulzura, belleza y poesía?

Para mí, ardiente hija de Galicia, no solo es un delito inconmensurable escarnecer a esta hermosa tierra, si no también lo es el no alabarla suficientemente, cual merece.

Y lo que más me apena, es que relativamente los más indiferentes son sus hijos, que no ven que en este recinto donde ellos nacieron, está la insuperable hermosura. Puede ser que, en cambio, vean mayor mérito en tierras ajenas. Suele pasar así.

Pero no, gallegos, hermanos míos, que como yo habeis tenido la singular y envidiable dicha de nacer en la amorosa Suevia; y que os gloriais de llevar en vuestras venas la noble sangre celta; no creais que es Galicia una región vulgar, como cualquier otra región de la madre España, ¡no!, es una región privilegiada, única, un nuevo paraíso terrenal. Figuraos que existe: ese es Galicia.

¡Gallegos! Hora es ya de que comprendais la grandeza de la tierra que os vió nacer, tan injustamente olvidada!...

Carmen Parada Pérez

Vigo



Rapazas de Vilanova
ben vos podedes gabar
que non hai Virxe n' o mundo
com 'a «Virxe d' o Cristal».

La campana grande de Santiago

Quedaron colocadas en el tramo de la campana grande del reloj de la Basílica, que es el de la ciudad, las cuatro potentes vigas de hierro, doblete, de 32 centímetros de sección, aceradas, que construyó el industrial coruñés señor Wonenburger, así como los correspondientes «embrochados» y los «yugos», también de hierro acerado, que constituyen la armadura de la gran campana del reloj de la Catedral, es la segunda campana de España (tiene un peso de catorce toneladas).

Las vigas empotradas en las pilastras y muros de la referida torre tienen ahora un «alto de espera», de un mes, para que frague el cemento de su empotramiento en las cabezas. De ahí que la gran campana aun no podrá sonar hasta que pase un mes.

En ese tiempo el veterano relojero don Jesús Gamallo Paz, con sus oficiales, se dedicará a su limpieza.

Este reloj, que vale unos cuantos miles de duros fué construido en bronce bueno, a lima, en el Arsenal de Ferrol el año de 1831 (tiene ahora ciento un años) por el vecino de Conjo don Andrés Antelo.

Lo regaló el arzobispo doctor Fray Rafael de Vélez, de la Orden Capuchina.



A Celita Graña Bello

1

Eres tímida y buena; y tan hermosa
Como los pétalos intocados de una rosa.

2

Siempre digo al ver tu boca roja y bella:
«¡Feliz el que su boca estampe en ella!».

3

Hay en tu sonrisa una luz maravillosa
Que enerva y cautiva, como tu gracia venturosa...

4

Eres toda sencillez, pasión y nítidos pudores...
¡Como la dulce poesía de los primeros amores!...

Alfonso Guizán



CHUCO

Ese hombre desgredado, bravucón y maloliente
que a las noches en la venta discute y toma aguardiente,
y nada le da terror.

Que ve cenizas humanas, y lechuzas aceiteras,
fuegos fátuos, calaveras,
es Chuco, el enterrador.

Es el que oye a los cipreses sollozar las amarguras
sobre la tierra sagrada de las tristes sepulturas
entre flores carmesí.

Es el que en un mayo rosa
cavará una humilde fosa
en donde me entierre a mí.

Herminia Fariña